

EN PORTADA



Antonio Cabrales Goitia
José V. Rodríguez Mora

Catedráticos de Economía de la Universidad Carlos III de Madrid (Cabrales) y de la Universidad de Edimburgo (Rodríguez)



“El Estado de bienestar se sostiene en el miedo al caos social de perderlo y no en su valor como seguro contra los vaivenes de la vida”

EXPERIMENTO CON FINAL DESCORAZONADOR



El sustento político del Estado de bienestar vendría tanto de los que se benefician de él ahora (los parados) como de los que hoy lo pagan (los empleados)

DENIS DOYLE / BLOOMBERG

Hay dos formas de mirar y entender el Estado de bienestar. Una simpática y optimista. La otra, antipática y pesimista. Son miradas opuestas, casi excluyentes, que nos dan lecturas muy distintas de su presente; y perspectivas divergentes de su futuro.

La simpática es imaginarlo como una especie de contrato de seguro entre los miembros de la sociedad. Como todos entendemos que los azares de la vida no tienen por qué sonreírnos siempre, nos parece una buena idea contribuir al bienestar de aquellos a quienes hoy en día la fortuna no acompaña. En el bien entendido que si a nosotros el futuro se nos torna sombrío seremos también ayudados por el conjunto de nuestros conciudadanos. Por ejemplo, si nos quedamos sin empleo nos van a pagar un subsidio para mitigar las consecuencias de ese infortunio. Noten que estamos asumiendo que el estar parados es producto de la mala fortuna y no consecuencia de no haber buscado trabajo con diligencia. Y, por lo tanto, que estemos parados depende relativamente poco de la generosidad del Estado de bienestar.

El sustento político del Estado de bienestar vendría tanto de los que se benefician de él ahora (los parados) como de los que hoy lo pagan (los empleados). Estos últimos lo hacen porque consideran que ellos también pueden benefi-

ciarse del subsidio en el futuro.

Alternativamente, la mirada antipática y descarnada ve el Estado del bienestar no como un contrato de seguro, sino como una consecuencia de la distribución del poder político. Existe porque hay mucha gente que se beneficia ahora mismo de extraer rentas a los que tienen más, independientemente de la razón por las que cada uno tiene lo que tiene. Es como lo ve Mitt Romney, que en la campaña electoral americana, dijo: “Hay un 47% que están con él (Barack Obama), que dependen del Gobierno, que creen que son víctimas, que el Gobierno tiene la responsabilidad

Los ricos son los que menos ven el Estado de bienestar como un seguro contra los infortunios de la vida

de cuidar de ellos, que se les debe proveer de sanidad, comida, alojamiento o como lo quieran llamar. Tienen derecho a ello y el Gobierno se lo debe proveer y votarán al presidente”.

Bajo la mirada antipática, los ricos no están a favor del Estado de bienestar porque de alguna manera pueda beneficiarlos en el futuro. Como mucho lo aceptan para mantener la paz social, no sea que a los pobres les dé por montar una revolución; pero ellos, los ricos, preferirían que el Estado del bienestar no existiera... y si tu-

vieran el suficiente poder político, sin duda dejaría de existir.

Las dos teorías tienen cierto mérito y, sin embargo, es difícil dilucidar entre ellas simplemente preguntando. Por eso decidimos (junto con Rosemarie Nagel) hacer un experimento. Cogimos grupos de nueve personas donde cada individuo tiene que decidir si trabaja o no. Si decide no trabajar, su renta es baja, pero no le cuesta nada obtenerla. Si un individuo trabaja tiene que pagar un coste (nuestra metáfora del esfuerzo), pero a cambio tiene una probabilidad de dos tercios de tener renta alta, y sólo de un tercio de que sea baja. Una vez cada individuo observa el resultado de su esfuerzo, todo el grupo vota si quiere redistribuir la renta generada en el grupo o no. Si una mayoría vota a favor de la redistribución, esta tiene lugar y la cantidad total conseguida por el grupo se distribuye a partes iguales. En caso contrario, cada individuo conserva el resultado de su esfuerzo individual. Este proceso se repite 50 veces.

Si los sujetos votan a Romney, con la mirada antipática en la cabeza, votarán a favor de la redistribución sólo si son pobres. Hay entonces dos resultados posibles, dependiendo de las expectativas de lo que vayan a hacer los otros miembros del grupo. Si creo que todos van a trabajar, lo más probable es que la mayoría sean ricos y voten contra la redistribución; mejor pago el coste de trabajar y si tengo mala suerte, me aguanto. Ahora bien, si espero

que la mayoría no trabaje, entonces serán pobres, y votarán a favor de la redistribución. Si trabajo, se quedarán con mi dinero; o sea, que mejor no trabajo.

Bajo la alternativa más simpática, el contrato de seguro, podemos trabajar todos y después votar a favor de la redistribución incluso si somos ricos. Así, cuando tengamos mala suerte los demás velarán por nosotros. ¿Cómo evitar que alguien se aproveche de una situación así? Pues votando en contra de la redistribución si vemos que los pobres no han hecho esfuerzo. Es decir: hacemos esfuerzo porque si no lo hacemos acabaremos perdiendo el Estado

El paro debería contar con un control más exhaustivo y un mayor seguimiento y apoyo a la búsqueda de empleo

de bienestar. La aproximación sonriente es mucho más elaborada que la antipática, y requiere un grado de coordinación notable, pero es tan bonita que vale la pena ver si nuestros jugadores consiguen llegar a ella.

Los resultados del experimento en nuestro artículo científico fueron claros. En tres de los grupos se puede ver que el nivel de esfuerzo es bastante elevado hasta el final, y los que votan a favor de la redistribución son minoría. En los restantes grupos, hacia el final del experimento práctica-

mente no hay esfuerzo y los votos a favor de la redistribución son mayoría. Así pues, con redistribución, no hay esfuerzo. Con esfuerzo, no hay redistribución.

En cuanto a quién vota qué, se puede ver que los pobres votan de manera casi unánime a favor de la redistribución, sea cual sea la causa de su pobreza (la mala suerte o la falta de esfuerzo), mientras que los ricos siempre votan en contra independientemente de las razones por las que los pobres son pobres.

Bajo la visión simpática, los ricos deberían votar a favor de la redistribución si los pobres hacen esfuerzo, y en contra si no; mientras que en la antipática deberían votar siempre en contra. Así pues, nuestros ricos son definitivamente antipáticos.

Como tantas otras veces, la visión antipática y descorazonadora gana por goleada. Esto nos hace pensar que el Estado de bienestar es frágil. Que se sostiene en el miedo al caos social de perderlo, y no en el valor que intrínsecamente le damos como seguro contra los vaivenes de nuestras vidas. Que para mantenerlo y evitar tensiones deberíamos conseguir que paguen los que más tienen, gastar bien lo que se recaude y transferir solamente a los que de verdad hacen esfuerzos pero a los que la suerte no acompaña. Yendo a lo concreto, conviene por ejemplo, que el subsidio de desempleo tenga un control más exhaustivo y que haya más seguimiento y apoyo a la búsqueda de empleo.